

Eleazar Huerta

## Reflexiones sobre García Lorca

### 1.—ESENCIA DRAMATICA



**H**ASTA leer a cualquier poeta actual de nuestra lengua para tener la demostración de un hecho que, por lo demás, nadie niega, a fuer de evidente: García Lorca inspira más que otro nuestra lírica. Unos le siguen inconscientemente; otros, de manera deliberada, le toman por modelo. Por su parte, el gran público parece también ganado por la corriente garcialorquina; el reciente aniversario del joven maestro ha sido más fervoroso que nunca. Por ello, creo oportuno hacer unas leves reflexiones sobre figura tan actual.

García Lorca, ante todo, sobrevive en la poesía lírica. Poetas líricos son quienes conservan el resonar de sus brillantes metáforas, como caracolas de aquel mar ya lejano. Su «Romancero» es su obra popular y consagrada. Y, sin embargo, García Lorca no es, fundamentalmente, un poeta lírico. Tratemos de aclarar la aparente paradoja de esta afirmación.

Empecemos, para ello, por recordar lo que decía Rafael Alberti, en 1937, sobre este asunto:

«Juan Ramón Jiménez, de quien tanto aprendiste y aprendimos—Alberti evoca a la sombra de Federico y habla con ella—creó en su *Arias tristes* el romance lírico, inaprensible, musical, inefable. Tú, con tu romance sonámbulo, inventaste el dramático, lleno de escalofriado secreto, de sangre misteriosa. La tierra de Alvar González, de Antonio Machado, es un romance narrativo, una terrible historia castellana romanceada. Se puede contar. El suceso de tu *Romance sonámbulo* y de otros que figuran en tu «*Romancero gitano*» no se puede explicar, se escapa a todo intento de relato».

Así, pues, para su compañero de generación, no era el estilo, aquella serie garbosa e inagotable de imágenes audaces, la esencia y la novedad de García Lorca; era su palpitación dramática profunda, tan profunda que el suceso de sus romances no se puede contar.

Como el asunto de un drama no es ni más ni menos susceptible de relato que el de un cuento o un romance, al llegar al teatro de García Lorca nos hallamos con el mismo hecho. Tampoco «*Mariana Pineda*», ni «*Yerma*», ni «*Bodas de Sangre*», se pueden contar. El relato que hiciéramos de cualquiera de estas obras sería, forzosamente, no ya un esquema frío, sino deforme. El verdadero drama queda fuera de lo anecdótico de nuestra versión.

En definitiva, la forma, en nuestro poeta, no es una

complacencia en sí misma sino el hilo conductor de la emoción, que es vital y no literaria.

Poeta, director de escena, aficionado a la pintura, devoto de la música y, por encima de todo, catador insuperable de la vida andaluza, que es una vida bella y trágica, García Lorca era un genio artístico, cuya obra no cabe en una sola forma de expresión. Su esencia vital impregnaba todas sus producciones de dramatismo y le llevó, fatalmente, al teatro. Pero no al teatro concebido como un género más, no al teatro de los conocedores del oficio; de Molière o de Benavente, sino al teatro que es síntesis de las varias formas de expresión artística, al de Shakespeare, Lope y Wagner. Siempre que surge un genio capaz de bucear en el misterio, en la raíz de la vida y de la muerte, es genuinamente dramático. Luego, es fatal que la posteridad clasifique a estos creadores según criterios externos y tenga a Dostoiewski por novelista, a Wagner por músico, a nuestro Federico García por lírico. Su fondo oscuro e inquietante, no su forma, es siempre, no obstante, lo que les define.

Los tiempos actuales son de crisis y decadencia del teatro, debido a fenómeno tan abrumador como el auge del cine. Todo lo que aportó García Lorca con sus dramas y con su labor de director de escena, tan valioso y sugestivo, tiene por ello un porvenir precario. Sin embargo, de salvarse, el teatro se salvará por ahí: por la armonía del ritmo visual con el sonoro, manejados para conseguir una vibración acorde y profunda,

que ni el movimiento escénico, la danza o la poesía pueden conseguir por sí solos.

Pero si el teatro decae, si incluso desaparece y nos quedamos reducidos al García Lorca poeta, tengamos presente que, con todas sus dificultades, hay que intentar recitarlo. La buena recitación es un factor dramático que va implícito en su poesía.

Esta recitación no puede ser relato, según el buen consejo de Alberti, ni tampoco floreo oratorio, ni punta de comedia. Ha de sonar rítmica y honda, como un gran corazón. Se trata de algo muy difícil, evidentemente.

## 2.—FORMA CLASICA

Si lo auténtico y lo más valioso de García Lorca es su profundo dramatismo, esencia del alma andaluza, es claro que la imagen coruscante, el garcialorquismo al uso, alambicado y barroco, es la sombra de su forma, pero no su forma verdadera. En realidad, por la adjetivación, la estructura del verso y demás cualidades externas, García Lorca supone una vuelta a lo clásico, más que una innovación.

Una vuelta inteligente y depurada, como es natural; pero una vuelta, al fin. Personalmente, yo tuve la intuición del clasicismo de Federico asistiendo a la versión de Fuenteovejuna que él había montado en el teatro universitario de «La Barraca». Me la dió, sobre todo, el vestido sobrio de los villanos, el traje de montar del Comendador, toda una serie de detalles

que, por una eliminación sistemática de lo anecdótico y pintoresco, sacaban el drama de Lope del marco de su siglo y lo hacían actual y eterno.

Su paralelo, en el modo de hacer, es Lope, sin duda alguna. Como él, sabe captar directamente la materia popular e infundirle aliento artístico. «Estos campesinos—dice Pedro Salinas de las criaturas de García Lorca—hablan con palabras y sentencias usaderas y corrientes. Pero la potenciación poética las va convirtiendo, conforme se dicen, en un hablar de perennidad y que, siendo de nuestros días, recuerda a trechos las más venerables y vivas formas de la prosa dramática española».

También sabe, como el Fénix, utilizar el archivo popular que es, en gran parte, lo mejor de la tradición literaria. Y si Lope o Guillén de Castro no vacilaron en echar mano de los viejos romances y de los cronicones medievales para utilizarlos en su obra, él tampoco sentirá escrúpulos de falsa originalidad y tomará lo que necesite de ese gran legado folklórico de un modo simple y noble, sabiendo que no hace sino lo que le pertenece, como heredero legítimo de la poesía castellana. Sólo por vía de ejemplo, porque no se trata ahora de sentar plaza de erudito, voy a transcribir algunos precedentes del «Romancero gitano» que se hallan precisamente en Lope y que prueban este modo de hacer garcialorquino, dentro de la gran tradición y no contra la misma. Pertenecen a «Los Pastores de Belén»: Dice así Lope:

Juntáronse los gitanos  
que en Jerusalén vivían  
para dar las buenas Pascuas  
a la dichosa parida.  
De la torre de Belén  
los pastores les avisan  
que está Dios hombre en la tierra,  
en los brazos de María.

Una rica danza ordenan  
de ricas ropas vestida,  
matizando aljófara y oro  
por las labradas camisas.  
Los tocados aderezan  
de corales y ametistas,  
de flores, de perlas y oro  
y cuentas de aguas marinas.

Con laúdes y salterios,  
y con sonajas repican  
adufes y cascabeles  
a cuyos sonos relinchan.

Entran al portal, adonde  
la Palabra en carne habita  
y haciendo lazos, comienzan  
a decir a la parida:

A la dina dana;  
Reina soberana,  
a la dana dina,  
señora divina.

.....

También son interesantes otros fragmentos del romance siguiente, que es la profecía de Malandra, sibila egipcia:

Parad el niño bendito,  
señora llena de gracia,  
porque la buenaventura  
le diga aquesta gitana.

Dejad, Virgen, que le tome  
la mano divina y santa;  
que si vos me dais licencia  
yo le quitaré la faja.

¡Oh, qué rayas tan hermosas!  
¡Oh, qué peregrinas rayas!  
Corta vida tiene de hombre,  
de Dios la tiene muy larga.

Cuanto a Dios, que es sin precipicio,  
ningún fin llega ni alcanza,  
que es círculo eterno Dios,  
y en lo que comienza acaba.

Cuanto a hombre, Reina mía,  
su vida inmortal se alarga  
a treinta y tres años solos,  
por una violenta causa.

.....

Sabed que ha de ser. Señora,  
Capitán de tanta fama  
que contra tres enemigos  
desnudo a campaña salga.

Qué desdichado ha de ser  
en amistades ingratas;  
venderle tiene un amigo  
y otro negarle en su cara.

.....

Por esta raya de cruz  
hallo que en otra pesada  
morirá con cinco heridas,  
para que vivan las almas,

Como vemos, los precedentes de García Lorca existen, incluso para el «Romancero gitano». No rebajan su gloria, como es natural. Pero son una prueba palmaria de su profunda solera hispana, de su tradicionalismo formal, de que el poeta tenido por revolucionario y sacrificado como tal era la reencarnación de lo más glorioso y genuinamente español.